PRUEBA DE DIAGNÓSTICO

PLATAFORMA SOCRATIVE

**TEXTOS Y NÚMERO DE PREGUNTAS**

**ITEM 1. COMPRENSIÓN DE TEXTOS LITERARIOS, NO LITERARIOS Y VOCABULARIO CONTEXTUAL**

**Texto Nº 01**

**Preguntas: 1-5**

Todo aquel que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu –arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas- debe educar su voluntad en el curso perseverante del porvenir. El pasado per­teneció todo entero al brazo que combate; el presente, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir –un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que lo ansían- ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros la América que nosotros soñamos: hospitalaria para las cosas del espíritu y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su actitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, a través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta? Pensad en ella a lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose en lo alto sobre las rea­lidades del presente, cono en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. No seréis sus fundadores, quizás; seréis los precursores que inmediatamente la precedan.

José Enrique Rodó, **América, un porvenir** (fragmento).

**Texto 2**

**Preguntas: 6-10**

Existe un principio fundamental que distingue un medio cálido, como lo es la radio, de otro frío, como es el teléfono; o un medio cálido, como el cine, de otro medio frío, como la televisión. Es un medio cálido el que prolonga o amplía un solo sentido en una “alta definición”. Alta definición es el estado del ser bien abastecido de datos. Visualmente, una fotografía es una “alta definición”. Una caricatura es una “definición baja”, por la sencilla razón de que proporciona muy poca información visual. El teléfono es un medio frío o un medio de definición baja debido a que se da al oído una cantidad mezquina de información, y el habla es un medio frío de definición baja debido a que es muy poco lo que se da y mucho lo que el oyente tiene que completar. Por otra parte, los medios cálidos no dejan tanta cosa que el público haya de rellenar o completar. Por lo tanto, los medios cálidos son de poca o baja participación, mientras que los medios fríos son de alta participación para que el público los complete.

Por lo tanto, un medio cálido, tal como la radio, surte naturalmente en el usuario efectos muy diferentes a los que produce un medio frío, tal como el teléfono.

Marshall Mc Luhan, **Medios cálidos y fríos** (fragmento).

**Texto 3**

**Preguntas: 11-14**

“Aprendí a leer a los cinco años, en la clase del hermano Justiniano, en el Colegio de la Salle, en Cochabamba (Bolivia). Es la cosa más importante que me ha pasado en la vida. Casi setenta años después recuerdo con nitidez cómo esa magia, traducir las palabras de los libros en imágenes, enriqueció mi vida, rompiendo las barreras del tiempo y del espacio y permitién­dome viajar con el capitán Nemo veinte mil leguas de viaje submarino, luchar junto a d’Artagnan, Athos, Portos y Aramís contra las intrigas que amenazan a la Reina en los tiempos del sinuoso Richelieu, o arrastrarme por las entrañas de París, convertido en Jean Valjean, con el cuerpo inerte de Marius a cuestas.

La lectura convertía el sueño en vida y la vida en sueño y ponía al alcance del pedacito de hombre que era yo el universo de la literatura. Mi madre me contó que las primeras cosas que escribí fueron continuaciones de las historias que leía pues me apenaba que se terminaran o quería enmendarles el final. Y acaso sea eso lo que me he pasado la vida haciendo sin saberlo: prolongando en el tiempo, mientras crecía, maduraba y envejecía, las historias que llenaron mi infancia de exaltación y de aventuras”.

Mario Vargas Llosa, **Elogio de la lectura y la ficción**

(Fragmento del Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura 2010).

**Texto 4**

**Preguntas: 15-19**

“El Chile actual es el resultado de un experimento impulsado por Milton Friedman y su escuela de economía en Chicago. Usó la catástrofe económica del gobierno de Pinochet para imponer sin resistencia el modelo neoliberal. Es justo que los chilenos volvamos a Chicago y otras ciudades vinculadas a ese experimento a pedir explicaciones. Y nos ponen atención porque ellos nos hicieron”. Así describe el escritor Carlos Labbé el creciente interés suscitado por diversas apuestas artísticas procedentes del país sudamericano en Europa y EE. UU. Labbé fue incluido en la primera lista Granta de jóvenes narradores en español y acaba de publicar *Caracteres blancos*, un libro de relatos que contiene algunas claves para entender la narrativa chilena actual. Según el autor, más allá de la sombra de Neruda -responsable principal de la idea de Chile como país con más poetas por habitante- y del tirón de Bolaño -más catalán o mexicano que chileno, para Labbé-, lo interesante de la nueva narrativa del país de Gabriela Mistral es “el estallido del uso de hablas indígenas silenciadas, de la incorporación del neoba­rroco rioplatense y caribeño y del barroco español de la edad de oro contra la necesidad periodística y neoliberal del *story-telling*”.

Ahondando en el punto donde lo subversivo y lo accidental se encuentran, otro escritor chileno, Alejandro Zambra -también en la lista Granta- ha logrado que su tercer libro, Formas de volver a casa, se traduzca a media docena de idiomas sin que sepa explicárselo. Más tras haberse forjado una carrera a partir de una novela, Bonsái, que apenas contaba con 40 folios de Word y que “gracias al talento para la maquetación de la editorial Anagrama se convirtió en un libro”. Zambra estuvo en Cannes, donde la adaptación cinematográfica de la novela, dirigida por Cristián Jiménez, fue recibida con aplausos”.

El País.com

TEXTO 5

**Preguntas: 20-23**

**GABRIEL GARCIA MÁRQUEZ**

Relato de un náufrago

que estuvo diez días a la deriva en una balsa sin comer ni beber, que fue proclamado héroe de la patria, besado por las reinas de la belleza y hecho rico por la publicidad, y luego aborrecido por el gobierno y olvidado para siempre.

La historia de esta historia

El 28 de febrero de 1955 se conoció la noticia de que ocho miembros de la tripulación del destructor "Caldas", de la marina de guerra de Colombia, hablan caído al agua y desaparecido a causa de una tormenta en el mar Caribe. La nave viajaba desde Mobile, Estados Unidos, donde había sido sometida a reparaciones, hacia el puerto colombiano de

Cartagena, a donde llegó sin retraso dos horas después de la tragedia. La búsqueda de los náufragos se inició de inmediato, con la colaboración de las fuerzas norteamericanas del Canal de Panamá que hacen oficios de control militar y otras obras de caridad en del sur del Caribe. Al cabo de cuatro días se desistió de la búsqueda, y los marineros perdidos fueron declarados oficialmente muertos. Una semana más tarde, sin embargo, uno de ellos apareció moribundo en una playa desierta del norte de Colombia, después de permanecer diez días sin comer ni beber en una balsa a la deriva. Se llamaba Luis Alejandro Velasco. Este libro es la reconstrucción periodística de lo que él me contó, tal como fue publicada un mes después del desastre por el diario El Espectador de Bogotá.

Lo que no sabíamos ni el náufrago ni yo cuando tratábamos de reconstruir minuto a minuto su, aventura, era que aquel rastreo agotador había de conducirnos a una nueva aventura que causó un cierto revuelo en el país, que a él le costó su gloria y su carrera y que a mí pudo costarme el pellejo. Colombia estaba entonces bajo la dictadura militar y folclórica del general Gustavo Rojas Pinilla, cuyas dos hazañas más memorables fueron una matanza de estudiantes en el centro de la capital cuando el ejército desbarató a balazos una manifestación pacífica, y el asesinato por la policía secreta de un número nunca establecido de taurófilos dominicales, que abucheaban a la hija del dictador en la plaza de toros. La prensa estaba censurada, y el problema diario de los periódicos de oposición era encontrar asuntos sin gérmenes políticos para entretener a los lectores. En El Espectador, los encargados de ese honorable trabajo de panadería éramos Guillermo Cano, director; José Salgar, jefe de redacción, y yo, reportero de planta. Ninguno era mayor de 30 años.

Cuando Luis Alejandro Velasco llegó por sus propios pies a preguntarnos cuánto le pagábamos por su cuento, lo recibimos como lo que era: una noticia refrita. Las fuerzas armadas lo habían secuestrado varías semanas en un hospital naval, y sólo había podido hablar con los periodistas del régimen, y con uno de oposición que se había disfrazado de médico. El cuento había sido contado a pedazos muchas veces, estaba manoseado y pervertido, y los lectores parecían hartos de un héroe que se alquilaba para anunciar relojes, porque el suyo no se atrasó a la intemperie; que aparecía en anuncios de zapatos, porque los suyos eran tan fuertes que no los pudo desgarrar para comérselos, y en otras muchas porquerías de publicidad. Había sido condecorado, había hecho discursos patrióticos por radio, lo habían mostrado en la televisión como ejemplo de las generaciones futuras, y lo habían paseado entre flores y músicas por medio país para que firmara autógrafos y lo besaran las reinas de la belleza. Había recaudado una pequeña fortuna. Si venía a nosotros

sin que lo llamáramos, después de haberlo buscado tanto, era previsible que ya no tenía mucho que contar, que sería capaz de inventar cualquier cosa por dinero, y que el gobierno le había señalado muy bien los límites de su declaración. Lo mandamos por donde vino. De pronto, al impulso de una corazonada, Guillermo Cano lo alcanzó en las escaleras, aceptó el trato, y me lo puso en las manos. Fue como si me hubiera dado una bomba de relojería.

Mi primera sorpresa fue que aquel muchacho de 20 años, macizo, con más cara de trompetista que de héroe de la patria, tenía un instinto excepcional del arte de narrar, una capacidad de síntesis y una memoria asombrosa, y bastante dignidad silvestre como para sonreírse de su propio heroísmo. En 20 sesiones de seis horas diarias, durante las cuales yo tomaba notas y soltaba preguntas tramposas para detectar sus contradicciones, logramos reconstruir el relato compacto y verídico de sus diez días en el mar. Era tan minucioso y apasionante, que mi único problema literario sería conseguir que el lector lo creyera. No fue sólo por eso, sino también porque nos pareció justo, que acordamos escribirlo en primera persona y firmado por él. Esta es, en realidad, la primera vez que mi nombre aparece vinculado a este texto.

La segunda sorpresa, que fue la mejor, la tuve al cuarto día de trabajo, cuando le pedí a Luis Alejandro Velasco que me describiera la tormenta que ocasionó el desastre.

Consciente de que la declaración valía su peso en oro, me replicó, con una sonrisa: "Es que no había tormenta". Así era: los servicios meteorológicos nos confirmaron que aquel había sido uno más de los febreros mansos y diáfanos del Caribe. La verdad, nunca publicada hasta entonces, era que la nave dio un bandazo por el viento en la mar gruesa, se soltó la carga mal estibada en cubierta, y los ocho marineros cayeron al mar. Esa revelación implicaba tres faltas enormes: primero, estaba prohibido transportar carga en un destructor; segundo, fue a causa del sobrepeso que la nave no pudo maniobrar para rescatar a los náufragos, y tercero, era carga de contrabando: neveras, televisores, lavadoras. Estaba claro que el relato, como el destructor, llevaba también mal amarrada una carga política y moral que no habíamos previsto.

La historia, dividida en episodios, se publicó en catorce días consecutivos. El propio gobierno celebró al principio la consagración literaria de su héroe. Luego, cuando se publicó la verdad, habría sido una trastada política impedir que se continuara la serie: la circulación del periódico estaba casi doblada, y había frente al edificio una rebatiña de lectores que compraban los números atrasados para conservar la colección completa. La dictadura, de acuerdo con una tradición muy propia de los gobiernos colombianos, se conformó con remendar la verdad con la retórica: desmintió en un comunicado solemne que el destructor llevara mercancía de contrabando. Buscando el modo de sustentar nuestros cargos, le pedimos a Luis Alejandro Velasco la lista de sus compañeros de tripulación que tuvieran cámaras fotográficas. Aunque muchos pasaban vacaciones en distintos lugares del país, logramos encontrarlos para comprar las fotos que habían tomado durante el viaje. Una semana después de publicado en episodios, apareció el relato completo en un suplemento especial, ilustrado con las fotos compradas a los marineros. Al fondo de los grupos de amigos en alta mar, se veían sin la menor posibilidad de equívocos, inclusive con sus marcas de fábrica, las cajas de mercancía de contrabando. La dictadura acusó el golpe con una serie de represalias drásticas que habían de culminar, meses después, con la clausura del periódico.

A pesar de las presiones, las amenazas y las más seductoras tentativas de soborno, Luis Alejandro Velasco no desmintió una línea del relato. Tuvo que abandonar la marina, que era el único trabajo que sabía hacer, y se desbarrancó en el olvido de la vida común. Antes de dos años cayó la dictadura y Colombia quedó a merced de otros regímenes mejor vestidos pero no mucho más justos, mientras yo iniciaba en París este exilio errante y un poco nostálgico que tanto se parece también a una balsa a la deriva. Nadie volvió a saber nada del náufrago solitario, hasta hace unos pocos meses en que un periodista extraviado lo encontró detrás de un escritorio en una empresa de autobuses. He visto esa foto: ha aumentado de peso y de edad, y se nota que la vida le ha pasado por dentro, pero le ha dejado el aura serena del héroe que tuvo el valor de dinamitar su propia estatua (…)

TEXTO 6

Preguntas: 24-26

JUEVES 11 DE OCTUBRE

Navegó al Oestesudoeste. Tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra hierba que nace en tierra y una tablilla.

Los de la carabela Niña también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramojos. Con estas señales respiraron y se alegraron todos. Anduvieron este día, hasta puesto el sol, 27 leguas.

Después de puesto el sol, navegó a su primer camino al oeste. Andarían doce millas cada hora, y hasta dos horas después de medianoche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media. Y porque la carabela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra e hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra fue vista primero por un marinero que se decía Rodrigo de Triana. Puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vio lumbre; aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pedro Gutiérrez repostero de estrados del Rey y díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo, y la vio. Díjolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reina enviaban en la armada como veedor, el cual no vio nada porque no estaba en lugar adonde la pudiese ver. (…)

Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una I, encima de cada letra su corona, una de un cabo y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras.

El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito. Luego se juntó allí mucha gente de la isla. Esto que sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias. "Yo", dice él, "porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que tuvieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla.

*Diario de Cristóbal Colón (*Versión de Bartolomé de las Casas (www.gentegrande.com/Artículos/TextosEscogidos/188.shtml)

TEXTO 7

Preguntas: 27-28

“Por mí, se llega a la ciudad doliente.

Por mí se llega hasta el dolor postrero,

al rechinar, al llanto, al desespero.

Por mí, se va tras la perdida gente.

Justicia fue mi causa: justamente,

Sumo Poder, Saber y Amor Primero

me creó, cuando se hizo el traicionero,

antes que el mundo: duro eternamente.

Albergo al que, maligno, se destruye

en el odio y cifra su existencia

en la envidia. Sabed a dónde vais.

Albergo al miserable que rehúye

al Bien, a la Verdad y a la Clemencia.

Dejad toda esperanza los que entráis."

Estas palabras, en color oscuro,

vi escritas en lo alto de una puerta,

y volviendo mi cara, como muerta,

a mi Señor, le dije: —“Es muy duro

esto que aquí se pone”. E, inseguro,

quedéme quieto y mudo, pues no acierta

la lengua con palabras, cuando yerta

queda el alma ante el terrible muro.

Mas mi Maestro, rápido en mi ayuda,

me respondió: —Tú deja, despreciables,

los miedos que acobardan y son ruina.

Ya te hablé de este sitio. En él, sin muda,

viven las tristes gentes, miserables,

perdido el bien de la visión Divina.

Y entrando, en un aire sin estrellas,

resonaban bramidos, ayes, llantos,

alaridos de horror, gritos y espantos

de muchas lenguas, y con todas ellas,

un tumulto de voces y querellas,

de rechinar de dientes y quebrantos,

rugidos, golpes de ira, y todos cuantos

ruidos haya sin luz, ni notas bellas.

Un estrépito como en remolinos,

de viento ciego en ciegos torbellinos,

y el ulular continuo que enloquece.

—Maestro, dime lo que estoy oyendo,

y quién es esa gente que gimiendo,

tan dominada del dolor parece.

Él respondió: —Tal mísera existencia

llevan aquellos que al vivir no hicieron

ni bien ni mal, pues todo lo que pusieron

a su comodidad y conveniencia.

Mezclada va esta burda descendencia,

con los ángeles que se mantuvieron

neutrales y que —infames— sólo dieron

a Dios, que les dio el ser, indiferencia.

Los repugna lo mismo la Justicia

que la Misericordia, rechazados

igualmente del Cielo y del Infierno,

abyectamente arrastran su inmundicia

y de todos los mundos despreciados,

es el olvido su destino eterno.

Pasa de largo, pues no valen nada. (…)

Canto III. La Divina Comedia. Dante Aligheri

TEXTO 8

Jorge Manrique: Coplas por la muerte de su padre.

I

Recuerde el alma dormida,

avive el seso y despierte

contemplando

cómo se pasa la vida,

cómo se viene la muerte

tan callando;

cuán presto se va el placer;

cómo después de acordado

da dolor;

cómo a nuestro parecer

cualquiera tiempo pasado

fue mejor.

II

Pues si vemos lo presente

cómo en un punto se es ido

y acabado,

si juzgamos sabiamente,

daremos lo no venido

por pasado.

No se engañe nadie, no,

pensando que ha de durar

lo que espera

más que duró lo que vio,

pues que todo ha de pasar

por tal manera.

III

Nuestras vidas son los ríos

que van a dar en la mar,

que es el morir:

allí van los señoríos,

derechos a se acabar

y consumir;

allí los ríos caudales,

allí los otros medianos

y más chicos;

y llegados, son iguales

los que viven por sus manos

y los ricos.